Hé aquí la palabra del porvenir y el enigma de lo presente.

La sociedad y la Revolucion han venido á las manos. Para la una y para la otra es suprema la crisis. Este combate, mas ó menos encubierto, durante ochenta años, ha gastado todos sus disfraces, ha consumido todos sus plazos, todos sus aplazamientos y todos sus fingimientos. Es un duelo á muerte. Pues bien, lo que favorece á la Revolucion hasta aquí, es la falacia de generosa reivindicacion y de libertad con que se ha cubierto. Ella ha vivido por medio de represiones, tanto por lo menos, como por medio de concesiones. Cada vez, en efecto, que ha llegado á la direccion de los negocios, pierde algo de su prestigio; cada vez que ha sido reprimida, lo ha recobrado. ¿Es esto decir que no haya debido reprimírsela? No, ciertamente. El mal, por el contrario, consiste, en no haberla esterminado en las costumbres y en las ideas, mas aun que en sus culpables ó desdichados adictos ó partidarios; es el haberla reprimido lo suficiente para que moviera á interés, y no lo bastante para purgar de ella á la sociedad.

Despues del Gobierno de la defensa nacional y de la Commune, la nacion, sobrado débil por sí misma para rechazarla de su seno, hubiera debido encontrar en aquellos á quienes volvia á entregar sus destinos, fieles y animosos promotores que la hubieran librado de ella. Pero, faltando á esto, habrian preparado un triunfo mas definitivo. No será este el triunfo de un partido, de una asamblea y de un hombre, sino de una nacion entera, de la fuerza de las cosas y de Dios. No será un régimen mas ó menos revolucionario, que reprimiendo la Revolucion, levante su crédito por medio de esta misma represion, sino de la misma Revolucion que perecerá de mala muerte, á causa de su horrible vida y de sus escesos; que espirará á causa de su impotencia, de su locura y de su rabia, en el desprecio, el disgusto y el horror que escitara, como se dice en el último acto de una tragedia:

Su mano, los horrores de su vida
Consiguiera expiar, por largo tiempo,
Víctima la nacion de sus furores,
Y libre al fin de su ominoso yugo,
Mírala con placer, tinta en su sangre (1).

Puede resucitarse en política de la muerte que se recibe, pero jamás de la que nos damos. La Revolucion se hallará pronto en este caso, y cada uno de sus actos la acorrala mas y mas en él.

Oigo que se me dice: pero entretanto, y por esto mismo, la sociedad se ve impulsada á su ruina y puede zozobrar todavía una vez. ¿Quién os dice que no se halle en tal prueba y que no salga bien de ella? *Esto matará á aquello*; ¿pero qué será esto? ¿qué será *aquello*?

No hay duda que aquí está el gran peligro, y todos los que hayan faltado al deber de conjurarlo, sufrirán de diverso modo su responsabilidad Pero ¿quién tendrá precisamente el derecho de quejarse de ello, menos que los que se hayan creado una necesidad de lo mismo? Aquellos tan solo que no hayan descansado, que no hayan cesado de advertir y de combatir, los hombres de principios y de fé pueden hacer frente á este terrible

(1) *Atalia.*

estremo: y sería estraño que despues de haberles hecho un cargo de su firmeza, se les hiciera de su prudencia, como si dispusieran de los destinos y como si (lo que Dios mismo no podria hacer) debiesen afianzar el mundo contra su propia sinrazon.

Que sean mas ó menos posibles nuevas calamidades sociales, en las vias en que continuamos caminando, y que la Revolucion no haya dicho su última palabra, ni intentado su último golpe, no es una temeridad pensarlo; y despues de haberlo hecho todo para evitar la catástrofe, es un mérito señalarla y librar de ella la esperanza, contra los que, despues de haber atraido aquella, solo saben abandonarnos á ella y evadirse.

No tengo esperanza en el abismo; pero sin desesperar de la parte de acá, espero todavía de la parte de allá.

La Revolucion sola permanecerá en él; la Sociedad lo atravesará; será el paso del Mar Rojo.

Allí es, en efecto, donde la Revolucion hará sus últimas pruebas de falacia, de torpeza y de impotencia; allí donde se matará con sus escesos y se sepultará en su vergüenza.

Allí es donde surgirá la Sociedad á la verdad, al honor, á la salud, y volverá á asirse de su propia existencia, amenazada y libertada del último peligro.

Para decir todo mi pensamiento, hay un peligro mayor que el que se censura de prever á los hombres de principios, y es el peligro en que nos hallamos; porque, no solamente nos conduce inevitablemente al abismo, sino porque lo aplaza tan solo para socavarlo mas profundamente; digo mas, porque él es el mismo abismo, y el peor abismo; el de la descomposicion.

En este horrible estado para los que lo conocen y lo ven, se ponen á repetir estas elocuentes palabras de M. de la Gervaisais, á que cuarenta años de fecha han dado mas actualidad:— «La suerte está echada; la muerte es merecida. Venga el abismo mas pronto que tarde, puesto que así se ha querido. Hasta aquí las vias de perdicion se ensanchan de modo que hacen la crisis de cada vez mas espantosa. Allí solamente se ofrece un punto de parada, por faltar la pendiente, y un punto de apoyo, por encontrarse el fondo. Antes, se va de mal en peor; despues, se irá tal vez de mejor á mejor. Habiendo llegado el mal á la impotencia, volverá la potencia al bien; brotará la leccion suprema de la estrema leccion.....!»

Desesperar que sea de otra suerte seria un ultraje al sentido comun y una impiedad respecto de la Francia.

No, nosotros valemos mas que esto, mas que esa repugnante comedia de impudencia y de necedad, de audacia y de cobardía, de grosera incapacidad y de cínica pretension; mas que todos esos grotescos y salvajes apetitos de tiranía, mas que esa hez repugnante de la Revolucion.

La Francia sufre estas saturnales, porque ha sido entregada á ellas; pero en su seno se acumulan el desprecio, el disgusto y el horror! Apelo á todo cuanto nos decimos los unos á los otros, á todo lo que espresan por nosotros tantos generosos órganos del sentimiento público, á esos sordos murmullos que levantan la justicia y la verdad en las almas; á esas mismas abstenciones, sí, á esas abstenciones de las gentes honradas, que numéricamente constituyen la mayoría; que no se desalientan sino

porque están vendidas y no quieren comprometerse en una orgía, pero que se reservan para la coyuntura inevitable en que la fuerza de las cosas, llevada al estremo por el esceso del mal, haga su formidable esplosion y lo vomite. Seria preciso, para dudar de esto ignorar lo que es la Francia y tantas reacciones súbitas é inauditas por las que ha concluido por arrojar á sus esplotadores y sus tiranos.

Apelo en fin, á la Providencia, y por sobre toda confianza humana, fundo mi esperanza en su seno. Tomo por cuenta propia aquellas bellas palabras de M. Thiers, teniéndome por muy feliz en ver que en esto soy de su mismo parecer.

«La Francia permanecerá dueña de sí misma, digna »de sus destinos, dígna de su pasado, digna tambien, lo »espero, de su porvenir. Sí, este porvenir será conforme »á todo cuanto ha dado la Providencia á la Francia, en »todos tiempos, y que ella no le rehusará por primera »vez en los dias calamitosos en que nos hallamos. Ha»brá tenido que pasar por pruebas dolorosas; pero las »atravesará, y espero que salga de ellas con su grandeza »inmortal que nada ha afectado ó herido todavía formal»mente.»

Estas palabras deben tomarse en un sentido mas serio que el del sentido oratorio. La Providencia no es una apariencia ó figura. En nuestro tiempo sobre todo, en que el hombre es tan poca cosa, ocupa ella toda la escena. Ha sido bastante perceptible en las lecciones trágicas que nos ha dado, pero no se la vé lo suficiente en las prendas de proteccion que ha mezclado en ellas.

Desde el orígen de nuestras desgracias hasta la hora

presente, hubiéramos perecido cien veces; porque no hemos cesado de pasar rozando por los últimos abismos, sin caer por fin en ellos. ¿De qué ha dependido nuestra suerte en manos de un bárbaro enemigo, á quien no debíamos nada de cuanto nos ha dejado, tanto es lo que ha querido cogernos? ¿De qué ha dependido en las manos mas bárbaras todavía, puesto que eran parricidas, de la Commune? ¿De qué ha dependido en París, en Lyon, en Marsella? ¿De qué ha dependido y depende aun en el mismo Versalles, ayer, hoy y mañana? ¿Cuantas crisis supremas hemos esquivado ó salvado no se sabe como, durmiéndonos perdidos y dispertándonos salvados? No necesito recordar los hechos; nosotros no tenemos mas que mirar hácia atrás para ver cuantas veces y hasta qué punto hemos sido juguetes del azar, pero al mismo tiempo, de un azar siempre limitado, siempre conjurado, siempre dominado y siempre regulado, cada vez que iba á ser fatal por un *no sé qué* sobrado repetido, ó reiterado, demasiado fiel á sí mismo, sobrado oportuno y benéfico para ser reconocido y adorado con su verdadero nombre: ¡la Providencia!

No quiero disminuir el mérito de nadie; pero tampoco sabria hacer de nadie una divinidad, atribuyéndole un mérito que pudiera hacerle pasar por tal, ó dotandole de esa infalibilidad que jamás se ha prodigado tan servilmente al hombre sino desde que se le disputa á Dios.

El mas espuesto á esta idolatría, por parte de los que menos se jactan de ser religiosos, seria tambien el primero, no hay que dudarlo, que se inclinara ante esta Providencia, que no ha querido *acabar de derribar la caña medio rota, ni apagar la mecha que todavía hu-*

mea, y que ha sido la gran tesorera de nuestro rescate.

El estado actual de la Francia, despues de tantos cataclismos, ya raya en prodigio.

No es aventurado deducir de aquí, que se proseguirá el mismo plan de misericordia que en él va apareciendo, y que no es para ser irremediablemente perdidos para lo que hemos sido tan frecuentemente salvados. Hemos llegado á ser en cierto modo, la obra de Dios, en la parte de bien que hemos recobrado. Por otra parte, en el mal que se continua se halla en juego su causa. Hállase pues doblemente empeñado en ella, si me es lícito hablar asi, y tenemos un doble motivo para fundar en él nuestra confianza y nuestro valor.

Ignoro cuando y por qué involucion de acontecimientos ha de volver al bien la victoria. Este es el secreto de la Providencia, y no estoy inquieto por ello; porque Dios sabrá resolverlo. Pero á nosotros nos toca activar y anticipar nuestra *liberacion social*, purgándonos de todos los errores que, aun respecto de los mas buenos, la comprometen y la retardan, adoptando por nuestra parte resueltamente los medios de salvacion.

Es preciso deponer de una vez estos errores, y reconocer estos medios con sinceridad, abordándolos sin vacilacion.

CAPITULO IV

MEDIOS DE SALVACION.

Este debia ser el principal objeto de mi escrito, y he llegado hasta aquí sin tratarlo, esponiéndome al epígrama del escolar:

> Sácame del peligro amigo mio,
> Y despues me podrás decir tu arenga.

Sin embargo, el estudiante no se halla aquí tan dispuesto á dejarse coger que tenga derecho para censurarme por haber tratado de persuadirle. Bien sea presuncion, bien desesperacion, se repugna mas el medio de salvacion que el peligro mismo. He creido pues que era ya prestar auxilio combatir esta presuncion, mostrando las razones que hay para temer, y hacer que desaparezca esta desesperacion, mostrando las razones que hay para esperar.

Hé creido sobre todo, que el modo mas eficaz de mostrar el remedio y de hacerlo aceptar, era determinar bien el mal que es necesariamente lo contrario del remedio.

Ya sé que hoy no se entiende de esta suerte; pues